

Carmen Formoso (2022): *Carmen, Carmela, Carmiña (Fluorescencia)*, Verbum, 455 pp.

En 1994 Carmen Formoso presentó el manuscrito de *Carmen, Carmela, Carmiña (Fluorescencia)* al Premio Planeta. No lo ganó. Seis años después Punto Crítico editó el texto. Ahora lo hace Verbum con el auspicio de la asociación civil mexicana Frente de Afirmación Hispanista, A. C., entre cuyos objetivos está defender «la conservación de los valores culturales, artísticos y éticos de la Hispanidad». No es casualidad que su sello se estampe en esta edición. La novela ha sido objeto de interés por razones de carácter extraliterario como son el cúmulo de circunstancias acaecidas tras su depósito en el concurso. Hechos que, enumerados en los dos prólogos que acompañan a esta edición, muestran la fotografía de una acusación de robo intelectual perpetrado por la editorial que lleva el nombre del premio. En contraste, la no alusión en esos mismos prólogos a la riqueza literaria del texto evidencia el negativo de esa fotografía, el escamoteo de una verdad: estamos ante la gestación de una novelista y ante una novela que va creciendo en complejidad y calidad a medida que avanza la historia.

Los lectores encontrarán en las primeras noventa páginas los antecedentes, desarrollo y consecuencias de la mencionada denuncia y sus batallas judiciales, las conexiones textuales y estructurales de ambos textos —el plagiado y el plagiarlo—, la supuesta trampa editorial que habría utilizado el manuscrito de una maestra de colegio neófita en lides narrativas como lo era Carmen Formoso para que el galardonado cinco años atrás con el Nobel de Literatura, Camilo José Cela, la rehiciera y la firmara, y así otorgarle el Premio Planeta. No hallarán los lectores en cambio motivos literarios que los anime a adentrarse en la novela, quizá porque la profesión del prologuista es la de abogado y su condición la de hijo de la autora. Nos corresponde a nosotros ese privilegio que no vamos a desatender.

Contada en cuatro capítulos y trescientas cincuenta páginas, la historia narra los cambios de la mujer moderna en España en paralelo a la historia del siglo xx en

Occidente. Lo hace sobre dos ejes, el de coordenadas lo constituyen la actitud vital de tres representantes de generaciones no sucesivas de una misma familia burguesa gallega, Carmen, Carmela, Carmiña. El eje de abscisas va tomando forma a partir de la concienciación, primero individual y después colectiva y social (*Fluorescencia*), de que las mujeres trasciendan la esfera privada a la que habían sido relegadas desde la revolución liberal de 1812 y durante la Restauración, y se incorporen a la vida pública si no en igualdad de oportunidades con el hombre, sí al menos con ese objetivo en el horizonte.

El que Carmen Formoso narre las vidas de estas tres mujeres no implica que estemos ante un texto de exclusivo sesgo feminista, más bien ante el ejercicio aún más revolucionario de enriquecer la historia convulsa del siglo xx con la ignorada mirada de ellas en un momento de encrucijada para la mujer contemporánea. La autora relata el proceso de incorporación femenina a la llamada esfera pública sin estridencias, para lo cual se ve en la necesidad de dotar a sus protagonistas de una fuerza de carácter que atravesase con holgura, verosimilitud y sin incoherencias —aunque no siempre lo consiga— la presión a la que debieron estar sometidas muchas de ellas. Una incorporación que fue lenta y aparece inconclusa en los casi ochenta años que abarca la novela, pero que avanza imparable puesto que en el tiempo de su escritura la presencia masiva de la mujer en el mundo laboral, político y académico resultaba ya incontestable.

Formoso abre al lector las puertas de los pensamientos, sentimientos y emociones de Carmela de quien lo primero que conocemos es su empeño por conseguir un trabajo: «El día que afirmó que se pondría a trabajar tan pronto como pudiese, asombró a sus amigas. Y antes de cumplir los veinte años le surgió la ocasión» (95). La historia se inicia con la presentación de Carmela en contraste con la abuela cubana. En la joven confluyen dos corrientes mágicas de percepción del mundo: la heredada de los descendientes yorubas caribeños y la de los hispanos celtas. La cosmovisión afroamericana confiere a la abuela la capacidad de combatir con magia negra las aparentes energías oscuras que pueda sufrir la familia. La doble ascendencia afroamericana y europea en Carmela le otorgan una potencialidad premonitoria de muertes, accidentes y conflictos muy activa al menos hasta el nacimiento de su hija. Esta extraordinaria cualidad se verá potenciada en la menor de ellas, Carmiña, capaz de la telequinesia desde bebé y a quien se llega a venerar como sacerdotisa yoruba.

Esta línea narrativa sugiere que la trama puede en cualquier momento deslizarse definitivamente hacia un realismo mágico al más puro estilo americano, y aunque hay jugueteo en la frontera, vemos el constante forcejeo de Formoso por reconducirlo y ponerlo al servicio de una mayor comprensión de la realidad. Así, los sueños premonitorios y la práctica de la cartomancia revelan a las protagonistas un tipo de información a la que de otro modo estas mujeres no podrían acceder por su condición de burguesas de una provincia excéntrica como A Coruña, o porque al

tratarse de hechos que ocurrirán en el futuro la distancia temporal lo impediría, o sencillamente porque se mencionan acontecimientos que se producen en puntos geográficos alejados. No obstante, y aquí está el ejercicio de equilibrio más logrado por parte de la narradora, Formoso dota a sus Cármenes de unos dones sobrenaturales que en lugar de sacarlas de la realidad las sumerge más en ella y las imbuye de una claridad rara y fundamental en épocas tan aciagas como las que están por venir. Van desfilando por estas páginas los ecos de la Gran Guerra, la guerra civil española, la primera posguerra, la inmediata Segunda Guerra Mundial y los otros conflictos: la guerra de Corea, la de Vietnam, la revolución cubana, el asesinato de Kennedy y, finalmente, la llegada del hombre a la luna que, no siendo un episodio bélico, es consecuencia de la guerra fría. Hechos históricos que se jalonan haciéndolos coincidir con algún hito familiar y que confieren una cronología exacta al paralelismo de ambas duraciones temporales en términos de Braudel, la estructura de larga duración o histórica y la duración corta o microhistoria de la familia matriarcal. Formoso hace a estas mujeres dueñas de una mirada lúcida sobre lo que se avecina y, al hacerlo, justifica la elevada consideración de sus códigos de conducta —la amistad y el amor—, siempre por encima de cualquier apego a ideologías incluso durante la guerra y la posguerra. Aspecto encomiable para la ficción, de acuerdo, aunque poco creíble por la radical dicotomía de aquellos duros años.

Carmela es una joven huérfana que ha sido criada por su abuela Mamita Carmen, cubana fumadora de puros, capaz de leer entre las líneas de la realidad visible la invisible. Como la nieta tiene la misma cualidad, la anima a vivir su realidad —su tiempo— y la envía a Madrid a formarse en un entorno laico entre personas que le contagien los «principios de la Institución Libre de Enseñanza» (94). La formación cosmopolita de la capital facilita que Carmela encuentre un trabajo en Galicia como contable y representante de las máquinas de escribir Underwood. Formoso construye un perfil de mujer de su época. Es moderna, independiente, domina el inglés, trabaja para una empresa extranjera y se interesa por el arte y la cultura. La vida fuera y dentro del personaje en esta primera parte de la novela corren en paralelo, van al unísono.

Se da entonces uno de los momentos críticos de toda joven, el descubrimiento del amor, el matrimonio, la maternidad y, como consecuencia, el final de esa actitud vital de forjar el destino propio. Muchas páginas más adelante reflexionará sobre este aspecto a partir de sus nada disimuladas lecturas de *Estudios sobre el amor* de Ortega y Gasset, «su filósofo favorito» (268). Formoso hace leer a su personaje en 1939 fragmentos del texto en la revista *El Espectador*, consciente de que el ensayo no se reunió en España hasta 1941.

Contrario a lo que podría parecer, una vez casada Carmela se aviene a convertirse en ama de casa. El marido, Luis, un atractivo abogado y periodista comprometido con el ideario socialista, trabaja en la prensa madrileña en los años

conflictivos de la caída de la monarquía alfonsina, del advenimiento de la II República, de la formación de cortes constituyentes, del levantamiento militar y de la guerra. Luis vive en un Madrid en ebullición mientras Carmela ha regresado a Galicia para cuidar de Mamita Carmen y, poco después, para criar a sus dos hijos Perico y Carmiña. La distancia permite a Formoso que Carmela sea una espectadora desde provincias de los acontecimientos que se están radiando en la capital y que ella debate bien con él a través de llamadas telefónicas y diálogos cara a cara, bien consigo misma recurriendo al monólogo interior. Por boca de las amigas Laura, Tere y Maruxa, Formoso plantea el debate del voto femenino y la indecisión de algunas mujeres conservadoras sobre si obedecer la voz del marido —en ocasiones el confesor— o asumir la madurez de votar con libertad de conciencia:

Cuando regresó [de votar] le contó [a Mamita Carmen] que las monjitas de las Bárbaras, las Clarisas, habían salido de la clausura para ir a las urnas, que el mismo Papa lo había mandado. «¡Ojalá a mí me lo mandase Luis! —reflexionó Carmela—. Entonces obedecería y no tendría estos problemas». Pero a Luis no le preocupaba para nada el voto de Carmela y jamás se lo había cuestionado, porque la había adoctrinado en lo suyo y pensaba que con éxito (154).

También el debate entre las diferentes posiciones políticas se acrecentará a medida que avance el tiempo de la historia. Los diálogos con Tere, Laura y Maruxa muestran el conservadurismo que evoluciona a falangismo de la primera, el republicanismo de la segunda y sindicalismo obrero de la última. La condición de Maruxa como trabajadora de la tabacalera, madre joven y ugetista activa permite a la autora un conocimiento de ese otro mundo difícilmente accesible en detalles para alguien de la condición de su protagonista. Como cuando en la fiesta de cumpleaños del hijo de Carmela los hombres y las mujeres conversan por separado de sus preocupaciones y sitúa a la sindicalista junto a los hombres que comentan los acontecimientos internacionales, cada cual desde su perspectiva ideológica:

Maruxa, sentada en una silla, con las piernas cruzadas y balanceando nerviosamente el pie derecho, repasaba con cuidado a los hombres: «José, ¡monárquico! Tomás, republicano... Gumersindo, fascista, ¡claro!, y Luis, socialista. ¡Una verdadera casa de putas! y una discusión absurda que conduce a un callejón sin salida. Si tengo que irme, me voy, y en paz» (172).

En esa distancia ideológica Carmela actúa como bisagra sobre la que se narra el proceso de radicalización de la sociedad española desde dentro de la familia y al que se incorporan los amigos más íntimos. Formoso describe con lógica y coherencia la deriva inevitable hacia la guerra civil que ocupará el segundo cuarto de la novela.

Antes del estallido bélico se esfuerza por mostrarnos que los valores con que fundamenta la construcción de sus personajes son sólidos. Un ejemplo de ello es la evolución de la pareja formada por Luis y Carmela. El matrimonio vivirá permanentemente separado hasta el final de la guerra cuando ella tenga que ir a buscarlo, más muerto que vivo, a una cárcel de la capital. Elaborado delicada y sutilmente, Formoso logra un fuerte contraste de imágenes entre el reencuentro de la pareja y el desfile triunfal del ejército franquista que se está produciendo en las grandes avenidas de la ciudad:

[...] apareció un espectro de hombre, tétricamente encorvado, delgado hasta el límite de lo posible, con respiración gorgoteante sin levantar la vista del suelo. Caminaba con lentos e inseguros pasos, arrastrando pesadamente los pies y tambaleándose como si acompañase a su comitiva fúnebre (280).

Hasta ese momento, la figura de Luis está presente a fuerza de ausencia. Va y viene en periodos cada vez más esporádicos y alejados hasta no hacerlo cuando nace Carmiña. Carmela duda, desconfía, pero se niega a creer que Luis la engañe cuando las amigas dan por rota la pareja porque un matrimonio no lo es si se vive en la distancia o cuando el hermano de Luis, Tomás, le espeta que todo el mundo en A Coruña sabe que viven separados y guardan las apariencias. Incluso entonces, Carmela defiende su relación y justifica la distancia como producto del ejercicio de su libertad. Cada cual ha decidido vivir en no dependencia del otro, sin concesiones, sin sumisión. La vocación de Luis, el creciente compromiso político; la de Carmela, el cuidado de Mamita Carmen donde siente que está su destino. Formoso reproduce en ellos la complejidad que supone el respeto mutuo del otro y, por encima de todo, el respeto a ella misma. Quiere llevar hasta las últimas consecuencias el ejercicio de la libertad femenina dentro de un matrimonio donde el amor y la libertad son las principales guías. Formoso se esfuerza mucho en no ofrecernos una perspectiva idílica o romántica a lo que dedica páginas de soledad y dolor como consecuencia del ejercicio de tal libertad. Ahora es cuando Carmela, al mantener el rumbo trazado por voluntad propia, choca frontalmente con el universo narrativo, con el entorno. Ya no parece caminar al unísono con el mundo, sino a contracorriente. Así continuará hasta que, en las páginas finales, ocupe la posición familiar de matriarca para la que consciente o inconscientemente se ha estado preparando toda su vida. Solo entonces volverá la sintonía entre su mundo interior y el exterior.

En el cuarto aniversario de la II República y a las puertas de la guerra civil nace Carmiña. Así comienza la segunda parte. Los personajes de la familia y el círculo de amigos íntimos, previamente perfilados según su ideología, se comportan como se espera de ellos, aunque se percibe la pátina de una benevolencia que refleja a duras penas la realidad del país en aquellas primeras semanas del conflicto. No así lo que está ocurriendo alrededor. Pero en la guerra también, o sobre todo, se da lo

inesperado del amor. Maruxa es herida de bala y se refugia en casa de Mamita Carmen y Carmela. Poco después aparece el hermano de Luis, Tomás, a quien andan buscando por republicano y por masón. No quiere empuñar las armas y busca un escondite mientras pueda salir del país. En la buhardilla de la casa de las mujeres surge un amor pasional entre el hombre atrapado en un matrimonio concertado e infeliz y la libre Maruxa. Un amor que repite el esquema de Luis y Carmela ahora con tintes edulcorados. Él se exiliará en Argentina; ella vivirá en A Coruña y parirá las gemelas de ambos. Vivirán en la distancia sin que se afloje nunca la fuerza del lazo que los une.

En los dos últimos bloques del libro Carmela va dejando el protagonismo a la hija que crece y se convierte en una indómita acorde con la década de los sesenta. En los siguientes años, Carmiña es una jipi con toda la coherencia ideológica que la etiqueta conlleva. Está muy lograda la rebeldía contra la madre, la aproximación a la bisabuela y el descubrimiento de sí misma en paralelo a la búsqueda femenina de un sitio en el mundo. Si la norma heteropatriarcal aparecía asumida e incuestionada por las mujeres de los cuarenta y cincuenta, incluida la otrora moderna Carmela, ahora el contraste social de la discriminación de género resulta un clamor, aderezado oportunamente por la omnipresente cultura franquista y la hegemónica influencia opusina de los centros educativos. Formoso dibuja todo tipo de escenas siempre reprochables y hoy inasumibles como serían la imposibilidad de que las jóvenes puedan moverse libremente por la ciudad si no es acompañadas de chicos, el abuso de poder administrativo con referencias al atropello sexual contra las profesionales adultas, pasando por galanteos machistas, comentarios fuera de lugar sobre la competencia al volante de las mujeres y un largo etcétera que no dejan lugar a dudas de la denuncia de estas páginas.

En la misma línea de denuncia se manifiesta contra la educación rural de la España de los años sesenta y setenta. Los episodios a este propósito resultan ficcionalmente tan plásticos que Formoso, maestra cuya carrera debió comenzar en los años narrados, consigue que los detalles de la que pudo ser su propia biografía no solo no entorpezcan el devenir de la historia, sino que enriquezcan con excelencia narrativa su propósito.

Cabe, no obstante, hacer una apostilla. Si bien en las dos primeras partes de la novela algunos de esos detalles —de la que podría haber sido su cotidianeidad, la de su vida trasladada a la ficción— están dotados de un exceso de superficialidad que restan tensión y rebajan el ritmo de la narración, en las dos secciones finales se observa un creciente dominio de estos recursos hasta el punto de poner en escena en su provecho todos los ingredientes temáticos que baraja. Esta progresiva competencia narrativa parece discurrir en paralelo a una adquisición de madurez de la autora en la construcción del universo de la obra.

Alguien podría argüir como complemento que la madurez de la voz autoral se hace visible como ejercicio consciente que busca acompañar la construcción de la

personalidad de los protagonistas. Sin embargo, esta hipótesis presenta dos serios inconvenientes. Por un lado, aunque podría ser válida para la primera mitad de la historia, no lo sería para la dos últimas secciones porque allí la voz abandona paulatinamente a Carmela para presentar íntimamente el mundo de Carmiña que pasa de bebé a niña, a adolescente y joven adulta en algo más de un centenar de páginas sin alcanzar el grado de madurez de la madre. La narradora debe dar pasos atrás para acomodar su voz y tono a la personalidad de la más joven de la familia, mientras la técnica narrativa, por el contrario, sigue su progresivo perfeccionamiento. Por otro lado, si aceptáramos como posible el paralelismo voz narrativa-personaje solo en la primera mitad del libro y solo referido a Carmela, entonces no nos quedaría más remedio que contraargumentar que se trata de un intento fallido, porque a la evidencia de que la complejidad reflexiva de la primera Carmela está proporcionalmente más desarrollada que la Carmela madura se une el hecho de que ese proceso madurativo en la etapa final de la vida del personaje está menos acusado, mientras que el dominio de la técnica narrativa da el salto hacia adelante definitivo. Quizá un análisis detallado del empleo del lenguaje ajustado a cada una de las personalidades protagonistas y sus variaciones en la evolución del texto pudiera respaldar esta hipótesis. Tal vez ese estudio desvelaría el empeño de Formoso por dotar de sentido el uso sistemático de infinitivos en lugar de imperativos o la plural función espacial unas veces, temporal o generacional otras, que otorga al empleo de determinados localismos, galleguismos, galicismos, anglicismos, etc.

En resumidas cuentas, lo que está fuera de duda es la calidad creciente de esta novela. Por eso mismo resulta muy lamentable que la autora haya pasado inadvertida para el público y la crítica en respuesta a un acontecimiento extraliterario como el que describe su hijo Jesús Díaz Formoso en los prólogos. De no haber ocurrido así, en la actualidad se citaría como digna antecedente feminista del siglo XXI.

*Carmen, Carmela, Carmiña (Fluorescencia)* nos ofrece el privilegio de asistir a la gestación de una narradora que todavía hoy, a pesar de la reedición de su novela casi dos décadas después, no ha terminado de nacer para el público y la crítica. Cabe esperar que un torrente narrativo como el que manifiestan estas páginas haya sido imposible de contener y que Carmen Formoso tenga material inédito. En tal caso, desde aquí animamos a que tales páginas vean la luz para que podamos disfrutar del nacimiento en plena sazón de una escritora fantasma.

Azucena López Cobo